



Proyecto
ABUELITA

Anne Fine

Proyecto ABUELITA

Anne Fine

Traducción de Xesús Fraga



Título original: *The Granny Project*

© Anne Fine, 1983

© De la traducción: Xesús Fraga

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-17281-80-9

IBIC: YF

Depósito Legal: M-33160-2018

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

Salamanca

Directora de la colección: Susana Sánchez

Diseño de colección y

maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

«Estúpida y glotona»	15
El doctor pasa visita	17
«¿Nos importa?»	23
Proyecto Abuelita.....	25
Una corona para Harry Rowe.....	29
Estadísticas.....	31
La flor de la juventud.....	35
Un accidente	37
La pesadilla de Nicholas	39
Su derecho y deber democrático	43
Bonnington Road: un bastión de la democracia	47
Derrota	51
Máximo impacto	55
A causa de una avería temporal	59
Las ocho en punto.....	61
Tortillas y huevos	63
Un sueño de lo más horrible	65
Sorbete de melocotón y plumas.....	69
Casi las dos y media.....	73
«Han encontrado un sitio».....	75
Una llamada telefónica.....	77
Bruja mandona.....	81
Ya sabes	83
«Lo único que dije»	87
Sophie se lo piensa	89
ЧЕМ ДАЛЬШЕ В ЛЕС, ТЕМ БОЛЬШЕ.....	95
Parestesia.....	97
Discusiones odiosas	101
«¿Es una broma?»	107
Una pausa para el café.....	109
¡Iván!	111

Y bien	113
ЛЮБОВЬ НЕ КАРТОШКА, НЕ ВЫБРОСИШЬ В ОКОШКО	119
Una hoguera	121
Suspenso.....	123
«Algunos lo habrían llamado chantaje».....	125
Jaque mate	127
Llama a Iván	131
Llevar el gallo muerto a casa	133
Todo cambiado	139
Deberes.....	143
Cerdos.....	149
Pasteles de roca.....	151
Una tarea lenta y triste	155
No lo digas, Tanya	159
«Me parece que no quiero que me rescaten»	165
Otro Proyecto Abuelita.....	167
Bolso.....	171
Plumas asadas.....	173
Un buen resfriado.....	177
Rehén de la fortuna.....	181
Un chivo expiatorio	185
Unos cuantos días en cama	193
Últimas cosas.....	197
«Despierta, ya»	199
Recaída	201
Aún no está muerta.....	205
Correvidile.....	209
Amanecer	213
Cara de funeral.....	215
Marfil pálido	219
Disfrutando del descanso	221
Copa helada.....	223
Sherlock Holmes en la tele.....	225
Camarada	227

Para Boris

«Estúpida y glotona»



El doctor pasa visita

La familia Harris se lo estaba poniendo difícil al doctor. Por supuesto, ya había visitado su casa antes en numerosas ocasiones. Llevaba años siendo su médico de cabecera. Los había conocido en la cuna, berreando a todo pulmón. Los había visto rascándose a causa de la varicela y aquejados de toses cavernosas en un cuarto de baño anegado de vapor. Pero nunca los había visto a todos juntos en una misma habitación y, además, sanos.

El ruido era espantoso. Los cuatro —dos niñas y dos niños— estaban sentados en torno a la mesa de la cocina, comiendo como lobos. Los cuchillos chirriaban y los tenedores rechinaban. Los platos tintineaban sobre el tablero. Todos eran de segunda mano, advirtió el doctor, perplejo tras unos instantes de reflexión, con defectos de fábrica y vendidos por casi nada en el mercado. Los niños no parecían darse cuenta del estruendo ni del bamboleo de la vajilla. Encorvados sobre la mesa, comían a toda prisa. El mayor de los chicos cortó con demasiada fuerza la última de sus salchichas, que salió despedida dibujando un remolino hasta caer al suelo, de donde la recogió de inmediato clavándole el tenedor.

—No hace falta que mates tu comida. Ya está muerta.

La hermosa Natasha Dolgorova estaba apoyada, distante y altiva, contra la alacena que ocultaba el calentador.

El doctor suspiró. Jamás te habrías imaginado que era su madre. Su actitud era más bien la de alguien que no tuviese nada que ver con ellos, como si esta casa llena de niños no fuese más que algún terrible y pasajero error, como si el tejado de los vecinos hubiese salido volando por la noche y ella, una mujer tranquila y exótica sin hijos, se hubiese visto obligada a cuidarlos.

—Y tampoco está envenenada. Así que no tienes por qué escupirla en el plato.

—¡Es que era un nervio!

—¡Grrr!

Gruñó con tanta fuerza que el médico se sobresaltó. Ninguno de los chicos le prestó la más mínima atención. El doctor se afanó en rellenar el formulario que tenía delante.

—Osteoartritis —murmuró, garabateando en otro ancho espacio en blanco—. Afección de la articulación metacarpofalángica que ha derivado en subluxación volar y desviación cubital de las falanges...

—¿Cómo?

Henry Harris, el padre de los niños, absorto y deprimido junto al carrito de las verduras, sintió de repente una terrible sospecha.

—Dice que los dedos de la vieja de tu madre están torcidos.

—Ah.

—Cambio degenerativo en la cóclea...

—Y que se está volviendo sorda.

—Entiendo.

—Disfunción del tejido cerebral concomitante con deterioro cognitivo...

—Y también estúpida.

—¡Natasha!

—¡Grrr!

El doctor bajó la cabeza.

—Todavía es lo suficientemente lista como para hacerse con el periódico antes que nadie cada mañana —dijo Sophie.

—¿Y qué hay en el periódico que te pueda interesar a ti? —le preguntó Natasha a su hija mayor.

—Historias. Historias para proyectos. Cualquier cosa podría interesarme.

Su hermano Iván se rio con la boca llena de patatas fritas.

—A Sophie y a mí nos interesa de todo —dijo—. Ahora estamos estudiando Ciencias Sociales. Crimen y violencia, corrupción policial y derechos de los consumidores, relaciones raciales, estadísticas de suicidios y estadísticas de sexo...

—¡Grrr! —Natasha Dolgorova le gruñó a su hijo, quien, con una sonrisa, se sacudió sus oscuros rizados y con calma imperturbable siguió aprovechando el ketchup sobrante con su porción de pan.

—¡Proyectos! ¡Venga ya! ¿En esa escuela? ¡Os pienso sacar de ahí! ¡Proyectos!

—No tiene problemas ambulatorios concretos, por lo que puedo ver.

—Sí, la muy vaga todavía es capaz de andar. Si está muerta de hambre.

El doctor hizo una mueca.

—Más bien arrastra los pies —dijo Sophie.

—Bueno, eso se debe a que me robó las pantuflas —le explicó un apenado Henry Harris al doctor—. Son varios números más grandes de lo que tendría que usar ella.

—¿Su ingesta dietética?

—Es capaz de comerse cualquier cosa.

El tono de profundo desdén en la voz de Natasha resultaba inconfundible.

—Es cierto —tuvo que admitir Henry Harris.

—La semana pasada se comió las hojas del geranio de Sophie —añadió Iván, con ánimo de enredar—. Y esta mañana Nicholas y Tanya la pillaron masticando plumas.

—¿En serio? —le preguntó Natasha a los más pequeños.

—Unas pocas —dijo Nicholas, restándole importancia.

—Muchas —le contradijo Tanya, exagerando.

—¿Lo ve? ¡Una estúpida y una glotona, eso es lo que es!

—¡Natasha! ¡Por favor!

—Y debería saber lo que cuestan las almohadas.

—Cállate.

—¡Cállate tú, Henry Harris! ¡No es mi madre!

El médico pasó una hoja y de repente se encontró al final del formulario. Se animó lo suficiente como para decir:

—Una manifestación más, por decirlo de algún modo, de la probada versatilidad del tracto gastrointestinal humano.

—Eso mismo he dicho yo —se arrogó Natasha Dolgorova—. Esta mujer es capaz de comerse cualquier cosa.

El doctor se levantó. Dio un golpecito al formulario.

—Me ocuparé de que esto llegue al lugar adecuado —dijo—. Pero, como no supone un problema urgente... —Al reparar en la expresión venenosa de Natasha se dio prisa por corregirse—. Ya que la señora Harris no se encuentra enferma, los resultados quizá no sean inmediatos, ya me entienden. Pero haré lo que pueda.

Los niños cesaron en su estruendo para levantar la cabeza y mirarlo. A continuación, Iván dijo:

—¿De qué está hablando? ¿Resultados? ¿Qué ocurre? ¿No estaréis pensando en meter a la abuelita en una residencia?

—Ya lo hemos pensado —le respondió Natasha—. Y está decidido.

—¿Papá?

Henry Harris se ruborizó.

—¿Papá?

—La abuelita nos está causando mucho estrés a vuestra madre y a mí —empezó.

—¿No os atreveréis a deshaceros de la abuelita?

—No hay nada decidido —dijo Henry Harris, visiblemente incómodo—. No tenéis nada de que preocuparos. Habrá que esperar y ver qué pasa.

Natasha arrojó los platos sucios al fregadero.

—Шила в мешке не утаишь —masculló.

—¿Qué? ¿Qué es lo que ha dicho? ¿Papá, qué es lo que acaba de decir? ¿Qué era eso?

Ese estallido de pánico ya era una tradición familiar. Los proverbios de Natasha eran de sobra conocidos.

A veces, Henry pensaba que lo único que su mujer había traído consigo cuando cruzó un continente congelado en dirección oeste era una interminable reserva de macabros refranes.

—¿Qué quería decir eso, papá?

—Nada.

—¡Papá!

Henry Harris agachó la cabeza avergonzado y tradujo:

—No puedes ocultar afilados clavos de acero en suaves bolsas de tela.

«¿Nos importa?»



Proyecto Abuelita

Los niños celebraron su reunión en la parte trasera del garaje. Sophie le cedió a Iván la comodidad del neumático y le dio la vuelta a un cajón de té para sentarse en él. Tanya y Nicholas se encaramaron al capó del coche.

—Lo primero —empezó Iván—. ¿Nos importa?

Se alzaron cuatro manos.

—Segundo —continuó—. ¿Nos vemos capaces de pararlos?

Las cuatro manos volvieron a levantarse.

—Tercero y último —concluyó Iván—. ¿Cómo lo hacemos?

El silencio no duró demasiado. Tanya sugirió frecuentes arrebatos de lágrimas y horribles pesadillas en las que la abuelita estaba encadenada al cabecero de su cama de hierro en la residencia, desnutrida y sola, echándolos a todos de menos. Iván propuso una huelga: dejarían de ir a buscar el carbón, no lavarían los platos, se negarían a hacer la compra. Nicholas creía que la huelga tenía que llegar aún más lejos y que todos deberían dejar de hablar, excepto entre ellos y con la abuelita, hasta que la idea hubiese quedado descartada para siempre. Sophie permanecía en silencio, esforzándose por pensar, hasta que se les agotaron las ideas y todos se volvieron hacia ella.

—¿Y bien? —dijo Iván—. ¿Sophie?

—Escuchad —dijo Sophie—. Aquel proyecto de la semana pasada...

—¿El de Ciencias Sociales?

—Sí.

—¿Y?

—Iván, tú y yo haremos equipo. Trabajaremos juntos en un proyecto compartido con el doble de extensión.

—¿Sobre qué?

—Las personas ancianas de la comunidad.

Iván esbozó una sonrisa. Tanya y Nicholas estaban perplejos. Sophie prosiguió:

—Cogeremos todos esos rollos estadísticos de los periódicos y de algún libro, también de la web. No nos llevará demasiado. Pero al menos la mitad del proyecto, una buena parte, consistirá en una descripción muy gráfica y sin censurar...

Iván la interrumpió:

—¡De una familia en particular!

—Como ilustración de las preocupaciones fundamentales...

—Problemas...

—Y demás asuntos, como...

—Las presiones...

—Económicas...

—Sociales...

—Y psicosociales...

—Que subyacen a esta creciente tendencia...

—De llevar a los envejecidos...

—Y los dependientes...

—Miembros de una unidad familiar...

- Para reubicarlos...
- Con sus coetáneos...
- ¡A una residencia de ancianos!
- Un caso de estudio...
- En profundidad...
- De un conjunto concreto...
- De dinámicas familiares.
- ¡La familia Harris!
- Ahí lo tienes.
- ¡Oh, fantástico, Sophie! ¡Fantástico! ¡Fantástico!

A Iván le brillaban los ojos y Sophie parecía bastante satisfecha consigo misma. Tanya y Nicholas, desconcertados y tristes, empezaron a quejarse.

—¿Y qué pasa con nosotros?

—No es culpa nuestra que aún no hayamos tenido que estudiar Ciencias Sociales.

—Vosotros dos —dijo Sophie— seréis los responsables de mantener la presión. Dos arrebatos lacrimógenos, por parte de cada uno de vosotros y cada semana, sin ninguna explicación. Solo eso, sin más detalles. Nada de ancianas desnutridas encadenadas al cabece-ro de una cama de hierro, Tanya. Solo lágrimas y pánico. Iván y yo reservaremos una parte del tiempo del proyecto para ayudaros a ensayar vuestras actuaciones...

—Y diseñaremos vuestros horarios...

—En coordinación con los nuestros...

—Para conseguir el máximo efecto.

—¡De acuerdo!

Tanya se alegró de inmediato, restaurada su dignidad. Para sus adentros comenzó a planear su primer arrebato nocturno, histérico

y escandaloso. Nicholas, que no se apaciguaba con tanta facilidad, dijo, de bastante mal humor:

—Todavía creo que estáis tratando de dejarnos fuera de todo esto a Tanya y a mí, solo porque somos más pequeños.

—¿Qué quieres decir?

—Pues para empezar, todas esas palabras.

—No eran más que términos de Ciencias Sociales.

—Y, de todas formas, ¿qué son las Ciencias Sociales?

—Un rollo. Única y exclusivamente rollos.

—¿Pero qué clase de rollos?

—De toda clase. Desobediencia civil, patrones de voto, actitudes con respecto a las violaciones, el reciclaje de vidrio y el aborto, patrones en el gasto adolescente, causas del deterioro urbano y casos de hipotermia entre la población envejecida, los vínculos entre el vandalismo en parques de grandes ciudades y una tasa alta de desempleo. Un rollo. No son más que rollos.

—Entonces, ¿por qué lo llaman Ciencias Sociales?

—No pretenderás —contestó Sophie— que se limiten a llamarlo Rollos, ¿verdad?